

Romanticismo y nacionalismo en la historiografía peruana del siglo XIX

Francisco Quiroz Chueca
Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Resumen

Este ensayo discute la relación que tienen las ideologías nacionalista y romántica en la historiografía peruana del ochocientos. Sostengo que la historiografía desarrollada en nuestro medio en el siglo XIX es producto de las especificidades de la formación de las ideas de un “*geist*” o “genio” peruano producto de las pesquisas y de la creación de expresiones románticas de la literatura y del arte, así como de las vicisitudes de la idea de nación peruana manejada en el contexto de la formación de la República peruana luego del largo período colonial. El argumento es, sin embargo, que la creación de un Estado autónomo y una nación moderna tienen en el Perú peculiaridades que influyen en la concepción de cuál es el “genio” peruano y, por consiguiente, cuáles son los componentes particulares que determinan el contenido de la idea de nación peruana y de la historia que esta nación proyecta como sustento de su propia existencia y misión.

Palabras clave: Historiografía peruana del siglo XIX, romanticismo, nacionalismo, literatura peruana siglo XIX, formación estatal.

Abstract

This essay discusses the relationship that nationalist and romantic ideologies have in Peruvian historiography in the nineteenth century. I maintain that the historiography developed in our milieu in the nineteenth century is related to the specificities of the formation of the ideas of a Peruvian “*geist*” or “genius” product of research and the creation of romantic expressions in literature and art, as well as the vicissitudes of the idea of the Peruvian nation in force in the context of the formation of the Peruvian Republic after the long colonial period. The argument is, however, that the creation of an autonomous state and a modern nation have in Peru peculiarities that influence the conception of

the Peruvian “genius” and, therefore, what are the particular components that determine both the content of the idea of the Peruvian nation and of the history that this nation projects as foundation of its own existence and mission.

Key words: Peruvian nineteenth-century historiography, romanticism, nationalism, Nineteenth-century Peruvian literatura, State formation

El romanticismo y el nacionalismo van de la mano para crear una historiografía moderna que dé cuenta de la formación de un Estado-nación. Hay en esto una aparente contradicción. El Estado-nación tendría que justificarse con un discurso verídico (o al menos, verosímil) de su trayectoria a fin de no ser cuestionado y, para esto, se crea todo un sistema de relaciones e instituciones que incluyen programas educativos de difusión de determinados conocimientos, pero también programas de adiestramiento formal de historiadores y especialistas afines y de bibliotecas y archivos históricos. Pero el romanticismo y el nacionalismo tienen la flexibilidad ideológica que les permite no ceñirse a los hechos verificables.

En efecto, la exaltación de lo local alimenta la formación de identidades que permiten crear tipos que se pretende presentar como comunes a toda una colectividad. Lo local es visto tanto en sus componentes culturales (manifestaciones del habla, de las costumbres, de las creencias) como de la raza y el medioambiente (paisaje natural y cultural). Estos elementos culturales y naturales han de servir de fundamento para identificar una nación que tendrá una misión que cumplir en el contexto de las naciones. La historia sirve al propósito de sustentar tanto la existencia misma de la nación con sus elementos comunes en la cultura como la misión civilizadora que tiene que cumplir. El Estado-nación es parte importante de este proyecto e, inclusive, a veces identificado con el proyecto como su realizador y su finalidad. El discurso historiográfico así construido sirve a los propósitos de legitimización de un Estado-nación en los términos que los sectores sociales que lo controlan necesitan.

En este ensayo discuto la relación que tienen estos dos componentes en la historia del Perú del ochocientos. Sostengo que la historiografía desarrollada en nuestro medio en el siglo XIX es producto de las especificidades de la formación de las ideas de un “*geist*” o “genio” peruano producto de las pesquisas y de la creación de expresiones románticas de la literatura y del arte, así como de las vicisitudes de la idea de nación peruana manejada en el contexto de la formación de la república peruana luego del largo período colonial. El argumento es, sin embargo, que las vicisitudes de la creación de un Estado autónomo y una nación moderna tienen en el Perú peculiaridades que influyen en la concepción de cuál es el “genio” peruano y, por consiguiente, cuáles son los componentes particulares que determinan el contenido de la idea de nación peruana y de la historia que esta nación proyecta como sustento de su propia existencia y misión.

Precisamente, una de las variables más importantes es el legado colonial de diferenciaciones y exclusiones que tiene el país en su ingreso a la fase independiente de su historia cuando le toca forjar un país autónomo en lo político con un orden social creado a partir del rompimiento del orden social colonial. La idea de nación y la orientación de la historiografía reflejan las dificultades por las que atraviesa la intelectualidad peruana (ciudadina, limeña) al tratar de concebir una nación restringida pero presentada como inclusiva tanto de sectores étnico-culturales como de las regiones que integran el país. Más que una historia común, una nación como la que se forjaba en el Perú en el siglo XIX busca imponer sus versiones del pasado como comunes a todos los habitantes del país.

En nuestro medio el romanticismo fue un fenómeno cultural tardío y limitado. Literatos del siglo XIX se vuelcan hacia la temática histórica, exótica, nativa, costumbrista en busca de elementos propios de la realidad cultural peruana y lo hacen de manera libre, con una prosa que mezcla los parámetros formales con expresiones populares para describir personajes y paisajes particulares, hechos históricos contados a mitad de camino entre la crónica y la leyenda, con humor y picardía. Es el romanticismo literario el que abre la puerta al tema histórico precolombino y colonial en medio del liberalismo que tenía esos

momentos de la historia patria como atrasados y, sobre todo, como contrarios al progreso del siglo.

Este esfuerzo trata de hallar el “genio” del país, los elementos propios y particulares del pueblo. Pero se trata de intentos vanos en un país megadiverso y el resultado es la reproducción de las tendencias prejuiciosas y etnocentristas de la cultura hegemónica. Así, se está ante tendencias conscientes o espontáneas que resaltan valores que se atribuyen al sector culturalmente hegemónico (criollos), que se aplican a otros (caso del indigenismo ciudadano) o que son materia de manifestaciones satíricas con fines de burla de grupos populares y mayorías étnicas afroperuanas, mestizas o indígenas. El hecho colonial y la necesidad de sustentar un régimen político y social nominalmente igualitario terminan moldeando tanto el contenido del romanticismo como la idea de nación en el Perú decimonónico.

En este estudio tengo presente las propuestas teóricas acerca de la nación y el nacionalismo de Pierre Vilar (1980), Eric Hobsbawm (1983 y 1991), Federico Chabod (1987), Benedict Anderson (1983) y Anthony Smith (1986 y 1991) en la medida en que permiten entender el problema principal de este ensayo. Todos estos autores piensan la formación nacional como un proceso ligado a la construcción del Estado-nación, aunque con énfasis diferentes en sus ritmos históricos y componentes sociales. Para Vilar y Hobsbawm el concepto de nación corresponde a situaciones estructurales en la formación de una sociedad burguesa, moderna y capitalista. Más bien, el nacionalismo como expresión ideológica de la nación tiene una dinámica diferente pues se genera de manera independiente del momento de la construcción del Estado-nación y, sobre todo, Hobsbawm considera un tiempo que denomina protonacionalista muy ligado todavía al patriotismo premoderno. Esta idea permite entender la aparición de identidades que van configurando componentes de la nación cuando el Estado-nación dista aún de configurarse en el sentido moderno como en el Perú del siglo XIX.

De su parte, Chabod y Anderson tienen un enfoque cultural de la nación y del nacionalismo. Chabod considera que existen elementos objetivos (geografía, lengua, raza, historia) y otros culturales (historia, misión histórica, literatura, educación). Para Chabod, algunas experiencias

históricas muestran la prevalencia de elementos objetivos (o culturales) y este último caso es el que ayuda a entender el objetivo de este ensayo al centrar su atención en la creación de elementos vinculantes identitarios como el “genio” de un país. En este sentido, Anderson muestra la vía de formación de la idea de nación al centrar su atención en los orígenes intelectuales de las naciones dado que considera que son los intelectuales los que generan lo que él llama las “comunidades imaginarias” a través del “capitalismo impreso”. Este ensayo ve el papel de los historiadores y literatos en el manejo de ideas que identifiquen al peruano y a lo peruano. Finalmente, Anthony Smith subraya la importancia del elemento étnico en la formación de las naciones y esto es fundamental para este estudio pues el Perú mantiene tras la independencia una composición social y étnico-cultural muy diversa que hace más complicada la tarea nacionalista de crear una nación homogénea.

Contexto histórico e intelectual

Con el humanismo y el renacimiento a inicios de la edad moderna, Europa y América son escenario de tendencias historiográficas que se van haciendo cada vez más complejas y racionalistas. La Historia empieza a adquirir los rasgos de la disciplina que hoy conocemos, en un proceso que la vincula a la formación de los Estados modernos con base en elementos que individualizan e identifican a una nación comprometida con una misión que desempeñar en el conjunto de naciones. En el Perú, sin embargo, este fenómeno reviste características especiales que son precisamente el objeto de estudio de este trabajo. La formación del Estado-nación en el Perú se dio con un marcado retraso en comparación con los países de Europa occidental pero también en condiciones diferentes: estatuto colonial, guerra de independencia, determinación de fronteras estatales y nacionales frente a los otros países hispanoamericanos, abismos sociales y económicos, multiculturalidad y colonialismo interno.

El hecho colonial marca la trayectoria del país en tanto crea diferencias étnico-culturales, regionales, económicas y sociales. Durante siglos el país cultivó distinciones en su interior que se plasman tanto en la normatividad como en la práctica y hasta en la visión de la historia común.

El nuevo país surgido de las guerras por la independencia tendrá que enfrentar estas desigualdades en tanto que elige el régimen republicano representativo como sistema de gobierno. Pero las guerras separatistas tienen escaso contenido social debido a que se producen en un momento de baja participación popular, luego de varias rebeliones que estremecieron los Andes seguidas de una represión brutal en lo físico y en lo cultural. Pese a los cambios significativos en determinados aspectos políticos, los vencedores de la guerra no están interesados en borrar las desigualdades jurídicas y sociales sino, por el contrario, en encontrar las fórmulas para mantenerlas. El resultado es una República censitaria y segregacionista. Censitaria porque mide la participación política y social del individuo en función de la riqueza, la posición de independencia económica y las actividades desempeñadas; segregacionista porque excluye a quienes no pertenecen a la cultura dominante.

El nuevo país debe establecer las instituciones republicanas y sus fronteras nacionales. En lo primero, se opta por un sistema que privilegia el presidencialismo y, en general, la política centralista que resta posibilidades a la participación política de los ciudadanos y de las provincias. En lo segundo, el país se involucra en guerras con vecinos que ponen sobre el tapete la pertenencia nacional de regiones; en especial, destaco la guerra de la Confederación Peruano-boliviana (1836-1839) por haber sido la más delicada desde el punto de vista de la nacionalidad, pues su fracaso desde Lima hace del Perú un país que da la espalda a su realidad andina.

El colonialismo y el tránsito a la República independiente también afecta las concepciones de la historia peruana. Hacia la independencia de 1820-1826, la visión que se maneja de la historia peruana es compleja pues continúan en vigencia los dos paradigmas creados en los siglos anteriores y que daban cuenta de la discrepancia en la comprensión que tenían Lima y las provincias, los criollos propietarios de diferentes regiones, del país y de su destino histórico. Seguía vigente tanto el modelo de Garcilaso de la Vega de un país con una tradición incaica, encomendera y provinciana (cusqueña), pero también seguía vigente la versión de Pedro Peralta Barnuevo que privilegiaba la costa (Lima) y

a los criollos como el verdadero Perú, opuesto a la provincia y, sobre todo, a los Andes (Quiroz Chueca, 2012).

Estos modelos de interpretación de la historia peruana seguían en vigencia pero con algunas alteraciones pues la versión garcilasiana se había deformado en el siglo XVIII para dar origen a una visión histórica solo incaica como base de una utopía andina. En efecto, los *Comentarios reales de los incas* (1609 y 1724) son leídos de manera separada de la segunda parte (la *Historia general del Perú*, 1617), quedando solo la versión favorable a los incas que termina constituyendo la base histórica del denominado renacimiento inca.

La rebelión de Túpac Amaru iniciada en 1780 marca un punto de quiebre en la visión histórica de los criollos peruanos (sobre todo de Lima y de las principales ciudades). En efecto, no escapó al escrutinio de las autoridades coloniales y de los criollos la importancia que el discurso garcilasiano había tenido en la rebelión al brindar una alternativa política a los rebeldes (curacas, pero también indios del común y hasta mestizos y criollos), capaz de cubrir el vacío que dejaría la salida de España. Por eso, no es casual que se prohíba la lectura de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso. Por más reclamos que los propietarios criollos pudieran tener para con la España borbónica, la rebelión les mostró que no podían confiar en los curacas ni en los indígenas.

Durante los más de treinta años de “silencio” social que siguen a la rebelión de 1780, los propietarios criollos han de adaptarse a las condiciones de las reformas borbónicas. De un lado, la separación política deja de estar como prioridad en su agenda pero, de otro lado, requieren afianzarse en su identidad como grupo al fin y al cabo también perteneciente a la nación predominante. Es decir, los criollos se reafirman en su identidad española. Pero, de todas maneras, están interesados en remarcar su identidad también peruana en un importante desarrollo del “patriotismo criollo” del siglo XVII sintetizado por Peralta Barnuevo en el siglo siguiente.

Para esto, los criollos desenvuelven una nutrida actividad intelectual en búsqueda de un mejor conocimiento del país. La Sociedad de Amantes del País, el *Mercurio Peruano* (1791-1795) y las guías oficiales

elaboradas a fines del siglo XVIII son parte de este proceso de autoidentificación como integrantes del grupo social que pretende dirigir un país que pertenece a la civilización occidental y cristiana a través de España. Es decir, los mercuristas (criollos) generan una idea de “nación” peruana de ellos mismos como parte del imperio español y con más vínculos con los criollos de toda Hispanoamérica y con los españoles peninsulares que con sus compatriotas indígenas, mestizos y castas.

Este legado intelectual estará vigente cuando en 1808 se inicia la crisis política en la Península Ibérica. Es cierto que algunas medidas dadas por las Cortes de Cádiz y, en especial, la Constitución de 1812 perjudicaban a los propietarios criollos pero en general salían favorecidos por las libertades (derechos) que se les abría en todos los ámbitos (político, económico, social y cultural), pues el régimen gaditano mantiene las jerarquías sociales que no estaban dispuestos a ceder en aras de igualdades en las que no creían.

Además, las nuevas sublevaciones y guerras civiles en Hispanoamérica hacen que los propietarios criollos de las grandes ciudades andinas se ratifiquen en sus posiciones políticas proespañolas. En especial, cuando el Perú asume el liderazgo en contra de la separación del Alto Perú, Chile y Nueva Granada y, con el virrey José de Abascal, el Perú vuelve a tener los linderos previos a las reformas borbónicas. Los criollos pueden estar seguros de que España los gratificará muy bien por su fidelidad. Aplastada la nueva gran rebelión en el surandino (Pumacahua, 1814-1817), se renueva el temor al desborde popular y se reinicia un nuevo tiempo de silencio social que es interrumpido por la expedición libertadora del sur comandada por José de San Martín. Para los efectos de la separación, San Martín no pudo llegar en peor momento pues el país estaba paralizado, desmovilizado, atemorizado, arruinado.

La historia en apoyo de la República

La independencia fue un hecho que se precipita de manera inmanejable para los sectores altos de la sociedad colonial tardía. Si es una opción para criollos provincianos e intelectuales en diversas partes del país, no

lo es tanto para las élites económicas y sociales de las ciudades andinas y, en especial, las de Lima. Por diversas circunstancias, la separación política se impone, pero los sectores pudientes locales supieron imprimir sus condiciones al proceso.

Es conocido que un sector medio intelectual formado en los colegios y seminarios de Lima, Trujillo, Cusco y Arequipa asume convicciones ideológicas y políticas contestatarias gracias a las orientaciones de sus maestros y los programas de estudio renovados según el racionalismo regalista de los Borbones. Su posición doctrinal los conduce a pensar en la separación política pero también en la creación de una república con autonomía de poderes e inclusión tanto de territorios como de sectores étnico-culturales. Son ellos los que defienden la opción separatista cuando las tropas “extranjeras” de San Martín y Bolívar y peruanas logran las victorias decisivas; son ellos los que defienden la opción republicana a pesar de los ejemplos de anarquía y luchas caudillescas que mostraba Sudamérica en su corta experiencia autónoma y republicana (Provincias Unidas del Río de la Plata, Chile, Nueva Granada). Son ellos los que abogan por un régimen antidictatorial y participativo (parlamentarista, representativo). En fin, son ellos los que insisten en los cambios sociales y políticos que conduzcan a un país más inclusivo.

Sin embargo, no serán estos intelectuales republicanos los que tendrán la tarea de plasmar en los hechos los cambios en el nuevo país. La ambigüedad resultante se verá en la magnitud y profundidad de los cambios a realizar. En el Perú no se presenta la radicalidad anti-española que caracteriza a otras realidades hispanoamericanas que no habían sufrido de manera directa los resultados de las rebeliones populares. Más bien, incluso a los intelectuales criollos radicales peruanos les cuesta articular un discurso antiespañol y anticolonial basado en el daño causado al país y a su población en el tiempo de dominio español. Los criollos peruanos no llegan a apropiarse de la historia prehispánica como sí lo hacen sus pares mexicanos y, más bien, sigue en pie la postura de los intelectuales peruanos que en el *Mercurio Peruano* atinan solo a resaltar los logros materiales de los incas (fortalezas, caminos, acueductos, quipus, poesía) pero callan en cuanto a su régimen político

y social que, según Garcilaso, había logrado solucionar problemas que el régimen colonial (y posteriormente el republicano) no pudo¹.

El “ataque” histórico a España que en otros lugares de Hispanoamérica fue muy nutrido, en el Perú es mediocre. Se limita a referencias muy generales acerca de la tiranía de los conquistadores y de los Borbones que rechazan el pactismo colonial de los Habsburgo que favoreció a los criollos propietarios durante la mayor parte del período colonial.

Es que cuando los criollos peruanos buscan un referente histórico que no sea España y lo español, se encuentran con un vacío enorme y difícil de llenar. Al final, este vacío es llenado con referencias vagas al Sol que representa tanto la deidad principal del Tahuantinsuyo como también las luces del siglo, con lo que en realidad se pone en evidencia su dificultad para hallar referentes identitarios en su historia. En efecto, el sólo mencionar a los incas no implica necesariamente tener una opinión favorable de los antiguos gobernantes andinos y, menos, implica que los criollos de las ciudades estaban de acuerdo con lo que significaba lo incaico en el sentido sociopolítico (según la versión predominante tomada de Garcilaso)². En realidad, el contexto en que se crea la simbología patriótica no permite afirmar de que se trataba de un símbolo claramente inclusivo y que el Sol se refiera a un buen gobierno que los criollos se comprometieran a seguir.

-
- 1 Se ha pensado que los mercuristas se apropian de lo incaico y hasta se les tiene como indigenistas. Al parecer, no se tiene en cuenta las intenciones de estas referencias. En realidad, en el *Mercurio peruano*, junto a un artículo “indigenista” que resaltaba las grandezas de los incas en la arquitectura, escultura, momificación, minería y ciencias, otros artículos resaltaban las raíces ibéricas del Perú colonial. La versión que prevalece es la hispanista contenida en la “Disertación preliminar a los apuntamientos históricos de los más principales hechos y acacimientos de cada uno de los señores gobernantes, presidentes y virreyes del Perú...” del oidor catalán de la real audiencia de Lima Ambrosio Cerdán de Landa y Simón Pontero (1793).
 - 2 En sí mismas, las referencias a los incas no necesariamente significan su inclusión en lo peruano y, más bien, pueden servir para todo lo contrario. Cecilia Méndez (1993) descubre que las élites sociales criollas limeñas aceptan a los incas pero rechazan lo indígena durante la Confederación Peruano-Boliviana (1836-1839). La historiografía peruana muestra que también rechazaban a los incas y que este rechazo constituía una tradición que ya entonces era de muy larga data.

Más bien, la simbología patria seguirá la misma ambivalencia y hasta la misma incoherencia histórica y social. El escudo del país evita tener referencias a la historia andina y, más bien, incluye sólo elementos referidos a la riqueza natural (fauna, flora y minería) (Majluf, 2006: 229-238). Los criollos fundadores de la república no encuentran mejores emblemas que los naturales para darle significado simbólico a la nación que debe corresponder al nuevo Estado como un país rico en recursos y próspero en el aspecto económico. Más que una idea de nación, prevalece la idea de patria según la tradición del patriotismo criollo de siglos anteriores.

En estas condiciones, la inclusión significa homogeneizar imponiendo a través de la educación la versión de la cultura de los grupos criollos dominantes a los compatriotas que no son occidentales, ni cristianos ni hispanohablantes (Quijada, 2000). Para ser peruanos, los pueblos del Ande, de la Amazonía, así como los descendientes de esclavos africanos y castas deben asumir la cultura hegemónica. A partir de ahí se tendrá enormes dificultades para establecer qué caracteriza al peruano y a lo peruano; cuál es el “genio” o el *geist* de lo peruano.

En búsqueda de un “genio” o *geist* peruano

La ruptura política con España genera debates en torno a nuevos paradigmas culturales de la nueva patria a fin de crear las bases de la nación peruana. En lo historiográfico se tendrá determinada dificultad para precisar qué pasó en el proceso de rompimiento pues es imposible soslayar la ambivalencia característica de los hechos concretos y recientes.

Si bien la historiografía viene a dar cuenta de lo sucedido, pronto se verá en la necesidad de apegarse a la versión combinada de los sectores criollos influyentes tradicionales y los nuevos ricos de tiempos del guano y el salitre. No todo, sin embargo, fue resultado de una imposición directa desde los ejes del poder político, social, económico y cultural.

Antes bien, se tiene un largo período de búsqueda de lo peruano en diversas áreas de la cultura y el conocimiento. Tarea complicada en un país multicultural como el Perú y que, por consiguiente, implica un alto grado de violencia intelectual en el afán de imponer una versión de

la historia que deje de lado este legado múltiple y privilegie lo occidental como lo verdadero, lo correcto, lo único.

Tarea complicada también porque la independencia crea un vacío en el fundamento cultural del país. Los discursos sustentadores de la separación son, necesariamente, una ruptura con la tradición hispánica de las élites pudientes del país. Por tener que atribuir a España y a lo español los males que justificaban la separación política, los criollos se quedan sin poder recurrir a esa tradición como sustento de su propia identidad. Con la tradición monarquista sucede algo similar. Por asumir un régimen republicano, el monarquismo queda de lado como sostén ideológico de la política. En ambos casos, se debe renovar el discurso criollo pero este proceso exige hallar explicaciones y crear nuevas tradiciones, o revalorar las anteriores.

El Perú independiente y republicano necesitaba de una nueva versión histórica que deje de basarse en su lugar en el imperio colonial español y vuelva sus miras hacia otros fundamentos: su modernidad material, su inserción en la civilización occidental y su papel en la gesta libertadora.

La cultura hispánica seguirá gravitando entre las élites propietarias criollas en tiempos de indefiniciones sociales y culturales. En un siglo en que lo español es sinónimo de atraso y en que el nuevo paradigma de progreso está relacionado con lo anglosajón, el legado de España es una carga difícil de sobrellevar. Lo religioso incide en este mismo sentido: lo católico es identificado con los países menos exitosos en lo económico y en lo político mientras que se genera una correspondencia entre el protestantismo y el progreso material y político. Sin duda, en el siglo XIX seguía en plena vigencia la denominada leyenda negra antiespañola y anticatólica alimentada por los países rivales de España tanto en lo político-militar como en lo religioso.

Antes de presentar la formación de la historiografía peruana republicana, es conveniente prestar atención a las manifestaciones literarias de creación de tipologías de peruanos a fin de contar con uno de los elementos de los que se crea la idea o ideas de la historia en nuestro medio. Dado que la historia era incapaz de definir continuidades en el tiempo, se verá si la literatura podía generar estereotipos usables para identificar elementos comunes en la cultura peruana o, en su defecto,

crearlos para imponerlos al resto. Este proceso tiene a Lima como centro pues es en la capital peruana donde se desarrollan las expresiones literarias y artísticas. Característico es también que el típico creador de imágenes será un autor limeño, varón y limeño (o alimeñizado). Las mujeres han participado poco en esta labor de crear figuras paradigmáticas que puedan ser usadas para designar a lo peruano en el siglo XIX.

La literatura y las artes no obedecen a imposiciones estatales o sociales, pero su presencia influye mucho en la creación de estereotipos que serán base de interpretaciones (Moreano, 2006; Velásquez, 2008: 199). Me interesa en particular la creación de valores en obras artísticas y literarias. En efecto, novelas, poemas, dramas, óperas, pinturas, esculturas manifiestan elementos culturales y su análisis puede ofrecer una visión de los valores que se resaltan. Estos valores que se resaltan van variando a través del tiempo en el siglo XIX en función de las necesidades que tienen los autores en la formación de una identidad peruana, proceso que en algunos autores es consciente y en otros espontáneo. Esta búsqueda del “genio” peruano se da a través de elementos que se insertan o subrayan y que dan como resultado un sincretismo cultural unas veces imperceptible pero otras muy evidente.

Sin intención de ser exhaustivo en el recuento, rescato obras con contenido histórico en tanto que nos permiten conocer y valorar el uso que se da a los elementos históricos en esta forma novedosa de creación y difusión de imágenes de ideales del Perú y de lo peruano. Más estrictamente, el romanticismo peruano es un fenómeno de la segunda mitad del siglo XIX, pero desde el principio se recurre en la literatura y las artes a imágenes estereotipadas de hechos históricos, personajes y grupos étnicos.

La literatura es el género que permite reivindicar o condenar momentos y personajes de la historia. En las primeras décadas luego de la independencia, se tienen intentos muy tenues de insertar temas prehispánicos y, eventualmente, resaltar el efecto negativo de la presencia española en los Andes a fin de justificar lo hecho con la separación política reciente. Basadre menciona los dramas “Huaina Cápac” de autor anónimo y “Manco II” de Isidoro Mariano Pérez (1851) (Basadre, 1961-1963: II: 905-906).

Corta vigencia tendrá esta tendencia pues, si bien habrá ejemplos de ella más adelante, pronto personajes y episodios de la conquista y la colonia empiezan a ser reivindicados, aunque sin abandonar la ironía al momento de la crítica histórica. En la década de 1840 se estrena el drama “Blasco Núñez de Vela” y se presenta la novela “Gonzalo Pizarro”, del dramaturgo costumbrista Manuel Asencio Segura.

Diversos escritos costumbristas remarcaban aspectos históricos nunca bien ubicados en el tiempo pero que ayudan a crear un contexto social y material que favorece la aceptación por el público de un devenir histórico ligado principalmente a los tiempos coloniales, su opción temporal predilecta. Constituye el género literario más apropiado para introducir valores criollos coloniales bajo el manto de costumbres de la sociedad. Las primeras obras costumbristas se refieren a tipos y hechos populares y pertenecen a la pluma del ya mencionado dramaturgo Manuel Asencio Segura. Sus aportes en el género son numerosos pero destacan “El sargento Canuto” (1839), “La saya y el manto” (1842) y “Ña Catita” (1845 y 1856). El género usa abundantemente el léxico y otros elementos del habla popular, menciona y describe los paisajes locales, los barrios y pueblos³.

Algo más controversial seguirá siendo la guerra de independencia. Es evidente que no podía aceptarse con facilidad una versión en la que los españoles terminasen como héroes en una contienda que sella el inicio de una etapa nueva y superior en la historia peruana. La independencia es tenida como el punto fundacional de la nueva patria y los relatos literarios o históricos debían mostrar los eventos en clave de epopeya patriótica. Para esto, debieron eliminar la participación de los no criollos clasificando sus rebeliones como “precursoras” de la independencia y no como parte integrante del proceso separatista (Quiroz Chueca, 2015).

Sobre la independencia se tiene la novela de Ramón Soler *Adela y Matilde o los cinco últimos años de la dominación española en el Perú. Novela histórica original por el coronel...* (Madrid, 1843) (Soler, 1991), y en Lima el drama *La bandera de Ayacucho* de José Arnaldo Márquez (1849), *Rodil*,

3 Ver, por ejemplo, Portillo (1846).

drama juvenil de Ricardo Palma sobre la victoria peruana en el Callao en 1826 y *Los mártires de la independencia. Drama en cuatro actos escrito por don Trinidad Manuel Pérez. Puesto en verso* (Lima, 1859). *Rodil*, obra precoz de Ricardo Palma estrenada en 1851 es, en realidad, más una alegoría a la política republicana de los tiempos de la corrupción de mediados del siglo XIX, pero su mensaje a favor de la causa patriótica es claro. Más tarde, en 1877 se estrena *María de Vellido* y en 1879 *Blanca de Silva*, piezas teatrales patrióticas de Carolina Freire de Jaimes⁴.

En pintura se tiene el giro hacia la secularización y el patriotismo. El mulato José Gil de Castro Morales, limeño autodidacta que se dedicó a pintar a los prohombres de las luchas separatistas en Chile, Argentina y el Perú, muestra la nueva patria en imágenes que se diferencian poco de la tendencia cortesana y ceremonial colonial pero que registran a los héroes como elementos vinculantes de la nueva nación en ciernes. Tal vez, el más interesante es el retrato del pescador chorrillano José Olaya Balandra por su ubicación en salones que obligaba a los encumbrados hombres de la política y la sociedad a pensar que no sólo los criollos habían participado en la gesta. No por casualidad, sin embargo, Olaya seguirá siendo considerado un mártir y no un héroe hasta el siglo XX.

Ignacio Merino tiene un valor diferente. No se dedica a resaltar los valores patrióticos o nacionales (salvo en pinturas de Santa Rosa y fray Martín de Porres (1839), pero sus pinturas y dibujos de los personajes limeños asientan la idea de una ciudad blanca (la mujer tapada limeña, balcones, rejas, fachadas, etc.). Su producción estuvo ligada más a la ciudad de París donde estudió y residió buena parte de su vida.

Con el advenimiento de la república dominada y controlada desde Lima en tiempos del guano, se afianza un sector social que necesita redefinir los términos de su identidad cultural. Lo anglosajón es su guía en la orientación económica pero prefiere lo español en cuanto las raíces históricas y culturales españolas le dan la seguridad que no encuentran ni en lo andino ni en lo europeo no español. Muy rápidamente

4 Años antes, en 1873 Freire había publicado un relato sobre Andrea Bellido, presentando a la heroína quechuablante huamanguina como una india bella (Freire, 1873). Pero también otros relatos suyos elogian a conquistadores españoles.

cambian la crítica a lo español por su reivindicación al reconocerse como herederos de la gran tradición española metropolitana y colonial. Fue el sacerdote ultraconservador Bartolomé Herrera quien proporciona sustento doctrinal a este retorno tan importante para la identidad criolla peruana (1846)⁵.

En el género dramático destaca *Atahualpa o la conquista del Perú* de Carlos Augusto Salaverry (edición de 1854), ampliamente puesto en escena en el país, en el que presenta a los soldados españoles y al sacerdote Valverde como intrigantes en contra de un Francisco Pizarro muy débil pero al final representando un papel positivo en el evento. El drama reivindica tanto la figura de Atahualpa como la de Pizarro en un momento en que se empieza a revalorar la labor de España en la historia del país. (Basadre, 1961-1963: II: 627-630; III: 1041, 1379-1384, 1385). El teatro de Felipe Pardo Aliaga deviene en costumbrista, género que da cabida a la revaloración de costumbres criollas provenientes del tiempo colonial. Con esto se reivindica lo español aun en la versión jocosa de la comedia con orientación de crítica social⁶.

Un intento colectivo de pensar el país desde Lima es el de un grupo socialmente muy heterogéneo de jóvenes intelectuales románticos y nacionalistas limeños o asentados en Lima que fundan la revista literaria, la *Revista de Lima* (1859-1863) (Basadre, 1961-1963: III: 1374; Del Castillo, 2000: 97-195)⁷. Sin embargo, lejos de presentar un solo

-
- 5 Sin embargo, en la década de 1860 sucede el intento de invasión de parte de España. Los hechos se precipitan tanto como la reacción política e intelectual de Sudamérica. En el Perú numerosos autores (Guillermo Casanave, Ricardo Palma, Numa Pompilio Llona, Carlos Augusto Salaverry, Juan de Arona y otros) escriben sobre este hecho, exaltando el patriotismo y presentando a España como la potencia en decadencia que trata de apoderarse nuevamente del país como último recurso para no caer en la desgracia en el contexto mundial. En la pluma de escritores peruanos, España vuelve a ser el país atrasado, feudal, dominado por la iglesia católica y la inquisición.
 - 6 Tal como lo ha planteado Mónica Ricketts para el teatro limeño en tiempos de la Confederación Peruano-boliviana, el teatro es una excelente tribuna de difusión de ideas políticas, nacionalistas, moralistas (1998: 251-254).
 - 7 Frente a un aristocrático José Antonio de Lavalle y Arias de Saavedra se tiene a un radical como el pintor Francisco Laso y lo mismo se podría decir de los contrastes entre los acaudalados Francisco García Calderón y Manuel Pardo (y su

proyecto, se puede identificar la coexistencia de, al menos, tres tendencias más o menos definidas entre los redactores de la revista: la hispanista aristocrática de José Antonio de Lavalle, la criollista popular de Ricardo Palma y la republicanista abarcadora de José Casimiro Ulloa. Compaginar lo indígena con lo español, y todo esto con lo republicano, resultó difícil para los redactores en su intención de presentar al Perú como un país moderno en tiempos del guano.

A todos les interesa establecer bases sólidas para la inclusión intelectual del país en la modernidad a pesar de la persistencia de elementos claramente pre-modernos en la sociedad peruana como herencia de la estamentalidad y el racismo de tiempos coloniales. Lo urbano (limeño) y criollo se tiene como civilizado y moderno, mientras que lo indígena y lo negro, lo serrano y lo selvático son considerados rémoras para el progreso⁸.

De otro lado, el romanticismo literario (“costumbrismo”) puede verse como una crítica más popular a diversos aspectos de la colonia y de la sociedad tradicional que se resistía a irse de la escena histórica en el XIX, y la revista publica numerosos relatos costumbristas que luego se denominarán *tradiciones*. Sin embargo, las tradiciones contienen tanto

aristocrático y conservador padre Felipe Pardo y Aliaga) y personajes plebeyos como Ricardo Palma, o de verdaderos sectores medios como el médico liberal José Casimiro Ulloa, sensible a la situación de los sectores indígenas y provincianos, o Juan Vicente Camacho, Manuel Nicolás Corpancho y los hermanos Luis y Luciano Benjamín Cisneros.

- 8 En un balance de las artes, por ejemplo, Francisco Laso (1859a) afirma que las artes en tiempos de los incas se hallaban en la infancia y, alabando la pintura y la escultura coloniales, aclara que prefiere el país independiente al país colonial porque quiere más “nuestra propia miseria que la servidumbre nacional” (pp. 77 y 79). Siguiendo su argumentación, en otro artículo posterior sobre la formación de la nación peruana y la diversidad de razas (“La paleta y los colores”), Laso (1859b: 234, 236) acusa al colonialismo y a las “clases acomodadas” actuales de ser responsables por las desgracias de los indios y negros, llegando a afirmar que el Perú se forma desde la conquista como una “democracia” por el mestizaje racial que crea homogeneidad entre los peruanos. Que el mal es histórico, lo reitera al año siguiente en un tercer artículo en que también afirma que es la educación la herramienta llamada a solucionar los problemas de integración social de los sectores no occidentales del país (1860: 304-305, 311).

críticas como elogios o, al menos, narraciones que ayudan a apreciar con simpatía hechos y acontecimientos históricos de tiempos coloniales gracias a la ironía, el sarcasmo y en general a la risa con la que son presentados. De hecho, fueron colaboradores de la revista escritores que con el tiempo se convierten en los grandes tradicionistas: Juan Vicente Camacho, José Arnaldo Márquez y, por supuesto, Ricardo Palma que incluye al menos siete de sus famosas tradiciones publicadas luego en cuatro series (1872-1877), y que en 1890 pasaron a llamarse significativamente *Tradiciones peruanas*.

De todos los medios literarios, los relatos medianamente extensos y los largos destacan por su capacidad de transmitir imágenes de personajes: las novelas y los cuentos o tradiciones costumbristas. Tal como lo muestra Marcel Velásquez, las novelas son consumidas a manera de relatos cortos pues se publicaban en periódicos a manera de entregas (o fascículos). Velásquez (2008: 200-202) encuentra que solo el diario *El Comercio* publica 54 relatos entre 1839 y 1843.

La ópera, la opereta y la zarzuela son un género muy popular en la Lima del ochocientos, pero las obras y los intérpretes son de origen europeo. Una excepción es la obra del compositor milanés Carlos Enrique Pasta con amplia residencia en nuestro medio. En 1868 estrenó la zarzuela indigenista ¡Pobre indio!, de Juan Cossio con libreto del tradicionista venezolano afinado entre nosotros Juan Vicente Camacho. Durante una estancia en Italia Pasta compone la ópera *Atabualpa* que estrenó en 1877 a su retorno al país. Su tono es reivindicador del Tahuantinsuyo y de condena del régimen explotador español y, en general, su obra incluye versos del himno nacional peruano, así como yaravies, huaynos y zamacueca en una experiencia inclusiva no muy difundida en el momento (Basadre, 1961-1963: IV: 1903-1904; V: 2160-2161).

Sobre el siglo XIX republicano resaltan las novelas del español radicado en el Perú Ladislao Graña, *Sé bueno y serás feliz*, publicada en la *Revista de Lima* (t. II y III, 1860 y 1861), acerca de la situación de los indios peruanos, y de Fernando Casós reunidas en sus *Romances históricos*

del Perú (1848 a 1873). Los amigos de Elena. Diez años antes. (París, 1874, en dos volúmenes)⁹.

Un caso especial se encuentra en la pintura de Pancho Fierro. El moreno acuarelista y dibujante tiene una numerosa obra efímera de retratos de escenas y personajes curiosos e interesantes de tiempos coloniales y republicanos. Su pincel y lápiz retrataron a los más diversos tipos de personas pero destacan los hombres y mujeres humildes de su ciudad, Lima. Es una enciclopedia en imágenes que se exhibía permanentemente en búsqueda de compradores pues de eso vivía el artista. Destacan sus cuadros costumbristas de soldados, caudillos, políticos, religiosos y, sobre todo, personas comunes de la ciudad.

También es necesario resaltar la labor artística de Francisco Laso. Su cuadro más famoso, *El habitante de la cordillera*, retrata una escena común de los Andes peruanos y de sus habitantes, pero destaca también como ensayista y crítico social. Laso describe la naturaleza andina e incorpora al indio en sus lienzos (Basadre, 1961-1963: II: 636, 637-642; IV: 1892-1895; IV: 1897).

El reloj de Pedro Ruiz Gallo es un intento de conciliar herencias en búsqueda de un “genio” nacional en tiempos de la prosperidad económica del guano. Invento netamente nacionalista, el reloj fue instalado en el parque de la Exposición en 1871, tenía doce escenas de la historia del Perú, desde la fundación del imperio de los incas por Manco Cápac y Mama Ocllo, hasta la administración de José Balta. Traía alusiones a las artes, industria, caminos, etc. del país que progresaba al ritmo que imponía la modernidad occidental.

9 *Los amigos de Elena* trata de uno de los asuntos omitidos sistemáticamente por las ideas de nación del siglo XIX: la esclavitud en las plantaciones. Basadre lo vincula con “lo que cabe llamar la inteligencia desvinculada o desenraizada nacional y socialmente”, tal vez por su procacidad y afán de enlazar a los personajes de la sociedad y de la política. La novela suscitó gran interés y controversias. Entre estas últimas, las de Enrique Seoane, hijo de Buenaventura Seoane, connotado político que es mencionado muy negativamente en la novela. Enrique publicó inmediatamente *Mica la Loca. Episodios históricos del Perú de 1844 a 1872* (Lima, 1874) en defensa de su progenitor (Basadre, 1961-1963: V: 2152-2155).

Finalmente, se debe señalar que Lima no fue la única productora de imágenes de lo peruano. Aunque escasas y algo tímidas, las provincias también generan elementos de identidad. El caso del Cusco es significativo. Un gran esfuerzo es el desplegado por José Palacios en el *Museo erudito o Los tiempos y las costumbres* (1837-1839) y *El Correo literario* con abundante material literario y referencias al pasado del Perú desde el sur andino. Los andes sureños fueron cuna también de tendencias que luego se llamarán indigenistas. Destaca *El Padre Horán* (1848), novela indigenista del abogado mestizo cusqueño Narciso Aréstegui, que persigue el cambio en las condiciones de vida y trabajo de la población indígena desde la perspectiva paternalista de sectores terratenientes andinos. La imagen del indígena como víctima de la explotación colonial y, ahora, republicana es reforzada con la idea de su combatividad histórica (Basadre, 1961-1963: II: 904-905; Kristal, 1991: 29; Velásquez, 2008: 211).

Historia nacionalista

El nacionalismo histórico está ligado a la necesidad de sustentar históricamente el Estado-nación en Europa y los Estados Unidos. A las ideas de unidad nacional (etnia, lengua, territorio, etc.) se une la labor de historiadores interesados en escribir la historia considerada común y que debía ser enseñada a todos los componentes del país a través de un sistema educativo que debía ser único y obligatorio. Para esto, los historiadores europeos se abocan a la recopilación y publicación de sus “monumentos” documentales que deben sustentar la grandeza, la antigüedad, la continuidad, la individualidad de su “nación. A la par crean sociedades oficiales para el fomento de los estudios históricos (sociedades de historiadores, archivos, museos y escuelas de archiveros y especialistas afines). Los prusianos inician en 1819 los *Monumenta germánica histórica* con unos 250 volúmenes ideales para una historia política abarcadora de lo que sería Alemania posteriormente. Esta labor es conducida en Francia por François Guizot, y da como resultados historias generales de Francia (Sismondi, Martin). Gibbon y Stubbs

son los equivalentes en Gran Bretaña y como resultado se tienen también más de 200 volúmenes de documentos medievales de Inglaterra e Irlanda que ayudan a Macaulay a escribir su *Historia de Inglaterra*. La Real Academia de la Historia impulsa la misma labor en España. Entre 1842 y 1895 publica la *Colección de documentos para la historia de España* en 112 volúmenes y la Biblioteca de Autores Españoles que sigue hasta hoy editándose, además de la *Colección de documentos sobre la organización de las porciones españolas en América y Oceanía*, en 42 volúmenes (1864-1884) en tiempos de la invasión de España a Sudamérica.

Hay que plantearse qué tipo de repercusión tuvieron estas experiencias en el Perú. La historiografía peruana tiene dinámicas diferentes pero en algunos aspectos tenemos determinada influencia que podría ser considerada como imitaciones pero que tienen su propia justificación. El Perú republicano hereda tanto la certeza de una historia muy larga como la práctica de una historiografía controversial. En efecto, la historia peruana no requería de justificarse a sí misma con relatos inclusivos de períodos antiguos por ser evidente la antigüedad del país. Pero, del otro lado, la historiografía es desde siempre confrontación de versiones y, por eso, era muy necesario crear e imponer una versión criolla al resto del país. El primer factor (conocimiento de una historia antigua y gloriosa) conduce a un retraso en la creación y negligencia en el funcionamiento de archivos históricos y bibliotecas, así como la creación de entidades de formación y de fomento de la labor de historiadores. Desde ya, Basadre resaltaba que la historia se estudia y escribe fuera de la Universidad hasta el siglo XX. Hubo intentos de creación de una asociación de historiadores pero tuvo que mediar la Guerra con Chile para tomar conciencia de la necesidad de crear una asociación. Aun así, el Instituto Histórico del Perú se forma sólo en el año 1905.

El segundo factor (historiografía confrontacional) hace que sea difícil establecer una versión de la historia que diese cuenta de las necesidades del Estado peruano de justificación histórica. El mismo Estado requiere consolidarse y sólo en los tiempos del guano se alcanzará esta madurez de instituciones políticas ligadas a un sector social capaz de pretender establecer su hegemonía cultural en el país. Inclusive, con las restricciones propias del tiempo.

La historiografía peruana camina por sendas alejadas de alcanzar un discurso aceptable para las élites sociales. La timidez de los historiadores iniciales (Córdova Urrutia, Valdez y Palacios) impide establecer el papel de la independencia criolla en la formación de un Estado nacional (por cierto, inexistente en tiempos de los caudillos militares). Pero la prédica del sacerdote Bartolomé Herrera permite contar con un fundamento histórico que satisface a esos sectores: el Perú es un país cristiano creado por la conquista (1846).

A partir de ahí, la reivindicación de lo español colonial hará posible pensar en un país con raíces históricas más sólidas en un contexto donde el progreso estaba vinculado más con tradiciones noreuropeas y protestantes. Los historiadores peruanos son eruditos empíricos y se dedican a descubrir documentos y publicarlos como la versión que el país necesita.

El coronel Manuel de Odriozola no destaca como autor de una versión propia de la historia peruana. Más bien, entiende la labor del historiador como la de dar a conocer información acerca de los hechos históricos y eso es lo que hace, pero bajo la idea común entonces y también luego, de que para brindar una versión verídica del hecho histórico había que hacer que los documentos hablasen por sí mismos. La obra principal de Odriozola se encuentra en dos compilaciones: una de documentos literarios (1863-1877a) y la otra de documentos históricos (1863-1877b). La preferencia por la documentación política dice mucho acerca de la prioridad del compilador acerca de lo que según él constituye un testimonio del Perú¹⁰.

El general Manuel de Mendiburu puede decirse que es más consciente de la erudición para establecer las bases de una historia del Perú de acuerdo con las exigencias del siglo XIX. En realidad, se estaba aún

10 Curiosamente, en 1873 Odriozola publica un documento que extraña por estar fresca la memoria del ataque español al país en 1863-1866. Se trata de un documento que reliva los méritos de Lima dentro del imperio español: el rey agradece y beneficia a Lima en 1802 el apoyo que la capital virreinal había dado al imperio en situaciones difíciles para la corona (Odriozola, 1873). Se entiende esto como parte de la adopción por parte de los criollos de una identidad histórica vinculada con España antes que con los Andes.

muy lejos de lograr este objetivo y Mendiburu se limita a brindar la historia a través de biografías de personajes de los tiempos coloniales y republicanos. En efecto, en su *Diccionario histórico-biográfico* (1874-1890) inconcluso en vida del autor, lo prehispánico está casi ausente, pero sus contemporáneos aplauden su obra como la historia “nacional” que se necesitaba.

Surgen, sin embargo, dos versiones de la historia que bien pueden ser consideradas como nacionalistas y ligadas a la construcción del Estado-nación. Sebastián Lorente y Mariano Felipe Paz Soldán tienen — cada quien por su lado — una visión de conjunto de la historia del Perú en relatos orgánicamente estructurados. Ambos pretenden presentar la trayectoria histórica del país para mostrar sus logros actuales como país civilizado en el contexto de la modernidad del siglo XIX. Pero sus propuestas difieren mucho entre sí.

Sebastián Lorente es el autor de un nuevo paradigma en la historiografía peruana, una visión integradora de otras visiones de acuerdo a cómo él entiende la trayectoria histórica del país. Lorente hace una historia reivindicativa, cuestionando las versiones que integra y que persigue armonizar una vez depuradas de los elementos que considera inadecuados en su enfoque historicista; hace una historia patriótica y nacionalista, una historia que no es ni cusqueño-centrista ni limeño-centrista en sentido estricto.

Lorente parte de los aportes de Mariano de Rivero y el suizo Juan Jacobo von Tschudi sobre lo preincaico y, claro, incluye lo incaico como etapa constitutiva de la nacionalidad peruana. En 1841 Rivero publica sus *Antigüedades peruanas* y, diez años más tarde las reedita Tschudi en Viena con sus propios aportes. Este texto ha de ser central para la reinterpretación que hace Lorente al incluir lo preincaico y lo incaico en la historia peruana como momentos constitutivos de la nacionalidad. Sin embargo, la posición de Lorente no es igualitaria. Antes bien, Lorente encuentra en la historia antigua los vínculos que pueden ayudar en la tarea de “civilizar” a la población nativa a fin de que pueda ser parte de la civilización peruana en el contexto de la civilización occidental. Este elemento vinculante es lo que él llama el “socialismo teocrático incaico” y que consiste en el despotismo de los incas que hacía que todo

funcione apropiadamente en el Tahuantinsuyo. La construcción de un Estado-nación según Lorente debería considerar el ascendiente de los líderes indígenas para garantizar la solidaridad y la armonía social que debe ser aplicada en el Perú contemporáneo para la creación de una sociedad moderna (Lorente, 2005: 55-56; Lorente, 1879: 5).

De su lado, Mariano Felipe Paz Soldán establece que la independencia de 1821 es el hito fundador del Perú moderno (1868-1870). Negando lo prehispánico y lo colonial como momentos históricos inadecuados, Paz Soldán traza líneas de desarrollo del Perú en función de su incorporación al mundo occidental contemporáneo. Paz Soldán es claro al identificar el Perú con la cultura criolla que crea un Estado moderno en tiempos del guano. Es más, Paz Soldán identifica el Estado con la nación.

La alta sociedad de entonces (e historiadores posteriores) consideran la historia nacional peruana de Paz Soldán como la más apropiada para entender el país como una nación.

A manera de conclusión

La gran dificultad del Perú decimonónico para generar una idea de nación consiste en la intención de los sectores sociales y políticos hegemónicos de imponer un modelo occidental a la sociedad peruana. En un país pluricultural como el Perú, esto significa una tremenda violencia cultural destinada a crear una sola cultura eliminando las demás por considerarlas atrasadas, obsoletas.

Las imágenes que crean la literatura y el arte buscan pensar de manera más amplia esa sociedad heterogénea producto de la historia de dominación colonial, pero no fueron suficientes para imprimir en la historiografía los elementos de diversidad que requería para concebir la historia común como un pasado compartido por los diferentes pueblos y culturas del país. En esto, el centralismo cultural tiene mucho que ver pues los mensajes dados en las manifestaciones artísticas y literarias provienen mayormente de Lima. Inclusive, la *Revista de Lima* (1859-1863 y 1873) pretende seguir la tradición del *Mercurio peruano*

(1791-1795) en su visión del país pero carece de la proyección descentralista de la publicación de los Amantes del País y hasta su mismo título parece dar preferencia a la ciudad capital sobre el país.

Más bien, a la República en tiempos del guano le convino presentarse como un país moderno y civilizado en los términos occidentales. En este proyecto, los indígenas, selváticos, afroperuanos y castas no tenían cabida. En tiempos en que el país se veía rico y moderno los historiadores se encargaron de presentar lo indígena como una rémora en el camino al progreso. Sebastián Lorente sí incluye las culturas prehispánicas en la historia patria, pero su intención es presentar su capacidad para adaptarse a las condiciones de una civilización occidental y moderna a partir de la educación (aculturación) y de su sujeción social tal como sucedía en tiempos incaicos. Finalmente, la versión oficial es la de Mariano Felipe Paz Soldán, quien muestra que el verdadero país es el creado por la independencia gracias al esfuerzo de los criollos desde 1821. El *geist* o *genio* peruano tiene una imagen occidental en un país costeño, andino y amazónico; indígena, español, negro y mestizo.

Referencias bibliográficas

Anderson, Benedict

1983 *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.

Basadre, Jorge

1961-1963 *Historia de la república del Perú*. 5ª ed. Lima: Ediciones Historia.

Calero y Moreira, Jacinto

1790 Prospecto del papel periódico intitulado *Mercurio Peruano* de historia, literatura y noticias públicas que, a nombre de una Sociedad de Amantes del País, y como uno de ellos, promete dar a luz don Jacinto Calero y Moreira. Con superior permiso.

Lima: En la Imprenta Real de los Niños Expósitos. Edición facsimilar, Lima: Biblioteca Nacional del Perú, 1964. Tomo 1.

Chabod, Federico

1987 *La idea de nación*. México: Fondo de Cultura Económica.

Del Castillo Carrasco, Daniel

2000 “Un deseo de historia. Notas sobre intelectuales y nacionalismo criollo en el siglo XIX a partir de La Revista de Lima (1859-1863)”. En: Narda Henríquez (comp.). *El hechizo de las imágenes. Estatus social, género y etnicidad en la historia peruana*, pp. 97-195. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Freire de Jaimes, Carolina

1873 “Andrea Bellido (la heroína de Huamanga). Episodio de la guerra de independencia”. *Revista de Lima*, I, 545-551.

Hobsbawm, Eric

1991 *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Editorial Crítica.

Hobsbawm, Eric & Terence Ranger (eds.)

1983 *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.

Kristal, Efraín

1991 *Una visión urbana de los Andes. Génesis y desarrollo del indigenismo en el Perú: 1848-1930*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.

La Revista de Lima, Lima

1859-1863 Periódico quincenal.

1873 Periódico quincenal

Laso, Francisco

1859 a Algo sobre bellas artes. *Revista de Lima*, I, 75-82.

- 1859 b La paleta y los colores. *Revista de Lima*, I, 231-237.
- 1860 Croquis sobre el carácter peruano. *Revista de Lima*, II, 303-315.
- Lorente, Sebastián (ed.)
- 1879 *Historia de la civilización peruana*. Lima: Imprenta Liberal.
- 2005 *Escritos fundacionales de historia peruana*. Introducción de Mark Thurner. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Majluf, Natalia
- 2006 “Los fabricantes de emblemas. Los símbolos nacionales en la transición republicana. Perú, 1820-1825”. En: Ramón Mujica Pinilla et al. *Visión y símbolos. Del virreinato criollo a la república peruana*, pp. 203-241. Lima: Banco de Crédito del Perú.
- Méndez, Cecilia
- 1993 *Incas sí, indios no. Apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú*. Documento de trabajo N.º 56. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Mendiburu, Manuel de
- 1874-1890 *Diccionario histórico-biográfico del Perú. Primera parte que corresponde a la época de la dominación española*. Lima: Imprenta de J.F. Solís. 8 tomos.
- 1963 *Biografías de generales republicanos. Edición de Manuel Moreyra Paz Soldán y Félix Denegri Luna*. Lima: Instituto Histórico del Perú.
- Moreano, Cecilia
- 2006 *La literatura heredada. Configuración del canon peruano de la segunda mitad del siglo XIX*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva Agüero.

Odrizola, Manuel de

1863-1877a *Colección de documentos literarios del Perú*. 11 tomos. Lima: Imprenta de Aurelio Alfaro, Imprenta del Estado.

1870-1877b *Documentos históricos del Perú en las épocas del coloniaje, después de la conquista y de la independencia hasta el presente. Colectados y arreglados por el coronel de caballería del ejército, fundador de la independencia...* 10 tomos. Lima: Imprenta de Aurelio Alfaro, Imprenta del Estado.

1873 Real cédula de gracias y prerrogativas concedida a esta muy noble y leal ciudad de Lima. *Revista de Lima*, I, 400-409.

Palma, Ricardo

1893-1896 *Tradiciones peruanas*. 4 volúmenes, Barcelona: Montaner y Simón.

Paz Soldán, Mariano Felipe

1868-1870 *Historia del Perú independiente*. Lima: Imprenta de El Nacional; Le Havre: Imprenta de Alfonso Lemale. 2 tomos.

Quijada, Mónica

2000 *Homogeneidad y nación, con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Quiroz Chueca, Francisco

2012 *De la patria a la nación. Historiografía peruana de Garcilaso a la era del guano*. Lima: Asamblea Nacional de Rectores.

2015 Las rebeliones “precursoras” y la historiografía. En *Hacia el Bicentenario de la Independencia. V Congreso Internacional: Cusco, Pumacabua, los hermanos Angulo y los patriotas peruanos del sur*, pp. 17-36. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Ricketts, Mónica

1998 Un nuevo teatro para una sociedad mejor. El teatro en Lima y el conflicto de la Confederación Perú-Boliviana, 1830-

1840. En: Rossana Barragán, Dora Cajías y Seemin Quyun (comps.) (1998). *El Siglo XIX. Bolivia y América Latina*. (pp. 251-262). La Paz: Instituto Francés de Estudios Andinos.

Rivero y Ustáriz, Mariano Eduardo de y Johann Jacob von Tschudi
1851 *Antigüedades peruanas*. Viena.

Smith, Anthony D.

1991 *National Identity*. Londres: Penguin.

1986 *The Ethnic Origins of Nations*. Oxford: Basil Blackwell.

Velásquez Castro, Marcel

2008 Las novelas de folletín: utopías y biotecnologías en Lima (1839-1848). En: Carlos Aguirre y Carmen Mc Evoy (eds.). *Intelectuales y poder. Ensayos en torno a la república de las letras en el Perú e Hispanoamérica (ss. XVI-XX)*, (pp. 199-220). Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, Instituto Riva Agüero.

Vilar, Pierre

1980 Pueblos, naciones y estados. En *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, pp. 143-200. Barcelona: Editorial Crítica.